



MARCA
REGISTRADA

SUMARIO

- VICENTE VEGA
Sección vermouth.
- MANUEL DOMÍNGUEZ
Los bailes clásicos: «Provi-
siones».
- F. VILLEGAS ESTRADA
«Por una buena mujer.»
- LUIS SANZ FERRER
Cantares baturros.
- GABRIEL DIANA
Cosas de la guerra.
- MANUEL DOMÍNGUEZ
Gente conocida.
- ANTONIO CINTOS SANTIAGO
La gentilísima.
- FIDEL PRADO
Del Madrid castizo: La hora de
la siesta.
- TINO, RINCÓN, M.-S., MA-
TEOS, MENOY, BÉTICO, Y
PINGARRÓN
- Varios dibujos y retratos de la
«Poupée» y de las hermanas Ro-
manonitas.



5 céntimos

LA «POUPÉE»

Hermosa y aplaudida cupletista que está realizando una brillante cam-
paña en Marruecos por lo que la proponemos para una recompensa.

Biblioteca Regional de Madrid

SECCION VERMOUTH

¡Oh, la mujer, la mujer!

Si entre santa y santo recomienda el adagio popular poner pared de cal y canto, entre los simples mortales, ¿qué muro no será preciso construir para evitar que el Deseo haga de las suyas?...

Estas filosofías baratas vienen á cuento por haber leído yo en un dia-

DE LA ALDEA



—Chico, eso no. Y vamos á reñir, porque el que todo lo quiere, todo lo pierde.

—Bueno; pues no me des mas que la mitad...

rio parisiense una noticia cuya reproducción «ad pedem litera» me está bailando en los puntos de la plu-

ma; pero como lo que en Paris se consiente por mor del patriotismo, en España se condena gracias á Santa Neutralidad que nos gobierna, bueno será que dulcifique un tanto la contundente prosa del telegrama, pues no quiero que por una expresión más ó menos gráfica tome D. Eduardo una rabieta.

Pues, señor, y va de historia, y si dijeres ser comentario, como lo leí en «La Dépêche» te lo cuento: «Los campos de concentración de prisioneros franceses están siendo muy visitados por las mujeres alemanas, y buen número de ellas, llevadas tal vez de su admiración por nuestros compatriotas cautivos, ha llegado á provocarlos con ademanes provocativos. Enteradas del caso, las autoridades alemanas dispusieron...», etc., etc.: que no nos importan las terroríficas órdenes de un gobernante alemán escandalizado ante la coquetería de sus compatriotas femeninas.

Claro está que la publicación de este telegrama en el periódico francés que menciono obedece al naturalísimo deseo de zaherir á la nación enemiga é invasora; pero yo, aunque para ello sea preciso dar de lado la andera aliadófila que ostenta esta casa de la verde HOJA—v esto de verde no echarlo á mala parte—, me veo obligado á confesar que sólo un elogio á la mujer alemana se trasluce en esa noticia.

¿Que no lo entendéis? «Agora lo veredes, que dijo Agrajes:

Las mujeres alemanas, razonando con esa frialdad característica de los países del Norte, comprendieron que las andanzas guerreras en que se debate Alemania impondrían á los robustos germanos consagrarse por algún tiempo al fomento de la especie. «¿Quién, por tanto—se preguntaban las alemanas—, colonizará los países

DEL « TENNIS »



— Con estos brutos no se puede jugar. Aprietan mucho, y dan cada pelotazo...

que, indudablemente, conquistará Alemania? ¡Los soldados inválidos? ¡Los extranjeros ahora neutrales? ¡Oh! ¡Eso jamás! Los habitantes del futuro Imperio germánico, que llegará por el Norte hasta el Polo helado, y hasta los Pirineos por el Sur, serán alemanes... aunque para ello sea preciso recurrir á las más radicales medidas.» Y dicho y hecho: «las chicas de Berlín», así que el Sol se pone, vanse á los campos de concentración, donde los prisioneros franceses llevan una vida no del todo mala, dicho sea en obsequio de las autoridades germánicas; una vez allí... ¡figuraos, lindas lectoras, lo fácil que debe ser convencer á un hombre que vive desde hace meses en completa separación del bello sexo!

¡Comprendéis ahora la grandeza del sacrificio de esas mujeres? ¡Ahí es nada eso de entregarse á un extranjero para que á la madre Alemania no la falten soldados y viajantes de comercio!... ¡Oh, pueblos, descubrid! ¡Eso es patriotismo bien entendido

y gana de fomentar la natalidad. Y vosotros, prisioneros franceses, inconscientes instrumentos del frío cálculo alemán, sujetad vuestra carne, enfrenad vuestro deseo, y no deis margen para que el día de mañana puedan decir de vosotros los sapientes profesores alemanes: «La lujuria de ese pueblo vicioso es la principal causa de la prosperidad del nuestro.» Porque los alemanes las gastan así...

¡Y que estaría bonito que á la vuelta de unos cuantos años pudieran los «boches» vanagloriarse de tener sangre francesa en las venas!... ¡Vivir para ver!

VICENTE VEGA.

NUESTRAS ARTISTAS



HERMANAS ROMANITAS

Cupletistas y bailarina, que alcanzaron gran éxito en los Jardines del Retiro. ¡Cosa rara, si se tiene en cuenta! los pocos éxitos que en el Retiro han sido!

LOS BAILES CLÁSICOS

"PROVISIONES,"

En la lejanía, en la puerta del baile, pintada de chillones colores de mal gusto, se destacan varias siluetas confusas y extravagantes.

Son chulos de rostros patibularios y facciones contraídas en sonrisas irónicas albergadoras de un rictus hondo de noches de crápula, vicios precoces y degeneración.

Es el baile de Provisiones. Una atmósfera densa y turbia por el humo del tabaco de variadas clases procedente de colillas recogidas en horas de holganza por Recoletos, mezclas de emanaciones de sudor y olores á perfumes baratos y «pacholís», invadía en densa neblina la sala, de grandes dimensiones, decorada con gallardetes y cadeneta multicolor que orlaba las molduras de unos sucios espejos empotrados en la pared.

En los ámbitos del salón resonaban con rítmico compás las sonoras y candenciosas notas de un piano de ma-

nubrio, á cuyos acordes, con las bocas muy cercanas y confundidas en centelleantes miradas, mecíanse las parejas con lentitud lúbrica y gestos de lascivia.

En los bancos, sentadas, esperaban chulas resignadas, moretrices y mesalinas de baja estofa y menegildas domingueras, hasta que fuera un apuesto galán ó chulo de manebía á invitarlas á marcarse una habanera candenciosa ó las rítmicas y fantasmagóricas piruetas de la danza del oso.

—«So siesos», ¿bailamos los cuatro? ¿Sí ó sí?—preguntan dos chulos con grandes ojeras, rizos sobre la frente y el cuello afeitado.

El bastonero, con aire petulante y rigidez autoritaria, imponía orden é impedía bailar á dos mujeres juntas.

Un chulo, injerto de señorito, con guedejas merovingias, de semblante pueril y tipo de hampón y tahir, conocedor de tretas y ardidés y ducho en el arto de Monipodio, hace una seña de sarcasmo, soez, á una chula diminuta, rubia, con rizos y peinetas, que luce delantal de percal, abrochado atrás por larga fila de botones.

—Oye, negra: ¿festejamos á Terpsícore, Melpómene y Erato?

—Pero, «lipendi», ¿esos son unos chulos como tú?—exclamó la muchacha con marcadas señas de inocencia y pudor.

Y, entonces, él, gallardo, jugando y manejando vocablos exóticos, en extraña mezclanza, y haciendo irónicos alardes de erudición, proseguía:

—Terpsícore, Melpómene y Erato no son chulos amigos míos: son dioses mitológicos.

La muchacha se queda boquiabierta y estupefacta.

—M'has «deja» «congestioná», Melquiades.

Y esta chula pinturera y castiza que días antes hubiera castigado la osadía del atrevido estudiante que á la vuelta de una calleja rozó su mano con su albo pecho simulando despojarla de un clavel,

VICIOS Y COSTUMBRES



—Y hoy, quién te ha echado la pata encima?
—Mamá, hoy no ha sido Juan. La cogí yo...

LO QUE UNO NO TIENE...



—Señorita, me hace más falta la «perra» que el perro.
—Así está el Mundo, hermano. A mí me sucede al revés.

ahora, alucinada por la oratoria del rufián, levántase del banco, y echando un brazo sobre el hombro del tahur, y juntos sus rostros, oprime su turgente seno contra el pecho del rufián.

De repente, en el ambigü, surgió una batalla. En acelerada confusión, dos chulos, apostrofando y mancillando el honor de sus respectivas familias con denuestos, insultos y cobardes amenazas, hacían esfuerzos sobrehumanos por desasirse de las garras de algunos camaradas que, poniendo paz en la contienda, los tenían sujetos.

Un velador con vasos, botellas y bandejas rodó por el suelo; una silla voló por los aires; en el espacio brilló el acero de una navaja cabriterera; la luna de un espejo cayó al suelo hecha pedazos.

Después, gritos de rámeras y circes y una avalancha de gente.

Y en los momentos de mayor confusión, un chulo, con voz ronca y aguardentosa, entonaba esta copla insulsa y monótona:

«Anoche soñaba yo...
mire usted qué tontería...»

Y otro respondió, con voz afeminada:

—Hasta luego... Mañana no vuelvo.
Yo, entonces, recuerdo eso de Cleto,
el famoso muñeco de Balder:

«¡ Ya l'ha dao!
¡ So pasmao!
¡ Es el timo q'ha quedao!»

Y pienso en el conflicto del pan; pero me consuelo, porque, en cambio, poseemos una verdadera colección de timos ó camelos chulescos...

MANUEL DOMINGUEZ.

“POR UNA BUENA MUJER,” (1)

(DE MIS APUNTES PARA UN SAINETE) —

(Vicaría de un café de la calle de Toledo. Un tinglado de la música á la izquierda. Se hace música. Mesas, oívanes, parroquianos, etc. La banda ejecuta el paso doble final.)

Carmela (camarera de postín).—Ma buena, zeñore. ¿Tendríaís ustés la amabiliá de dame rasón por un casuá de si habían visto ustés de vení po aquí al zeñó Antonio, ú zastre, ú remendón, ú como le llaméis ustedes?

Agapito.—Ha ido al vater clo...

Carmela.—¿Le ha dao asté la papeleta, arma mía?

Agapito.—¿Se figura usted que estos son los Mostenses!...

Carmela.—Me lo había imaginao.

EN EL RECIBIMIENTO



- La senora está ocupada.
- Esperaré.
- ... Ocupada con un amigo.
- Esperaré mi vez.
- ¡Ah! Si no le importa al señor...
- ¿A mí? No: vengo á cobrar una factura.

porque, según veo yo, aquí no hay maz que «gayinas».

Agapito.—Muchas gallinas. ¡Ay, qué gracia! ¡Ja, ja, ja! (con sorna).

(1) En colaboración.

Carmela.—Pero oiga osté, zo cacatúa, que paeze osté una barra de palodú estrato; y zu mama de osté, ¿no le hase á osté gracia?

Camarero.—Bueno, bueno, zeñora; haga el favor...

Cabezas.—Sí, sí, que no alborote al gallinero.

(Tumulto á la izquierda. El señor Antonio llega «desabrochado», «acalorao», medio «desnudao» y con el hongo de medio «lao».)

Señor Antonio.—Yo qué sé, si parezco el rigor de las desdichas... Que si la he mirao..., que si me ha gustao... y que se ha venío á mí como un toro... y... que si no me lo quitáis, ¡me engancha!...

Carmela.—Y á ti te voy á enganchá po la asaúra, esgalichao, que paezes un esgalichao. ¡Mala sombra! ¡Mal ange! Mialas: po mi salú que me las ties que pagá toas juntas.

Señor Antonio.—Mira, rica; tanto como toas juntas...; te pagaré algunas... (unos duros); y baja el diapason, hija, que cualquiera diría..., qué sé yo..., que se ha cometío aquí un delito...

Carmela.—Conque... no hay delito, ¿eh?, y me ha dejao osté desamparao el establecimiento! ¿Dónde ata osté la mona, arma mía? ¿La ata osté ar barcón?

El Abuelo.—Si es por dinero... «cartera» la liquidamos ya...

Carmela.—¿Nesecita osté cambio, so tío boqueras?

Señor Antonio.—(La lleva aparte.) Si no te conociera yo como un orfebre conoce una buena alhaja y no te hubiera contrastao algunas veces en la piedra de toque.—porque tú, como alhaja, eres una buena alhaja..., y ahí está el toque—, me habías venido tú á dar la puntilla á mí esta noche.

Carmela.—¡Mía tú qué lástima, hombre!

Señor Antonio.—Pero como lo que eres tú... eres una buena hembra, y te dejás llevar de habladurías de cuatro memas que te llenan de volátiles la chola...

Agapito.—El 4.013, el 4.013. Ya le he cogido, ya le he cogido; ya está aquí, ya está aquí. ¡Ay, qué alegría!

El Abuelo.—Buena la has cogido.

CHIQUILLADAS



—Ese señor que subió hace poco iba á tu p so, ¿verdad?

—Sí; preguntó por mamá, le dije que para qué la quería, y se echó á reir...

Demetrio.—«Periódico y décimos». Señores, aquí, por lo menos... ¡Camarero!

Agapito.—Pues ¡ya lo creo! ¡No faltaba más! ¡Basilio! ¡Basilio! ¡Basilisco!: mira, sácanos V. P. U. y Jerez, y Champagne; y, mira, tráenos de cenar, y cigarros. Y oye: le dices al cocinero que yo quiero macarrones, porque á mí me gustan mucho los macarrones, y jamón en dulce; y para postre..., para postre..., para postre, flan y almendras, pasas, y roquefort, y bola.

Señor Antonio (que convenció á la socia).—Y dale bola, y dale la Constitución. Pero oye, tú, chorlito: ¿es que te has figurao que estamos en «La Equitativa» ó en Hotel Palace?

Agapito.—Calle usted; calle usted, que esta noche estoy muy alegre, porque le he cogido, le he cogido.

Señor Antonio.—Mira: como éste está más guillao que Viruta, á mí me traes café.

El Abuelo.—¡Vaya una muleta que gasta usted, gachó!; y ¡qu'a salió empapá, amigo!...

F. VILLEGAS ESTRADA.

CANTARES BATURROS

Camino de la «juente»
sube la Blasa...
(Luego «verís» al cura,
que va de caza.)

Desde que el novio dice
que no te quiere,
andas tú «desgustada»,
porque te escucece.

Le «hi» pedido á tu madre
la fiambrrera,
porque sé que le falta
la tapadera.

«H'acordau» el «Monecipio»
despedir á la maestra;
que, aunque enseña lo que puede,
¡no nos gusta lo que enseña!

Cuando, bailando la jota,
echan las piernas al aire,
están diciendo las «mañas»:
«¡Aquí no se engaña á «naide!»»

En la mujer y en la bota
lo que vale es lo de adentro:
si amor ó vino se acaban,
sólo nos queda un pellejo.

¿Que gasto mucha pachorra?
¿Que tengo flema? ¡Rediez!
Pachorra... la de tu padre.
¡Pocos tendrán la que él!

LUIS SANZ FERRER.

«COSTURERÍAS»



—Vamos, Pilar, que anoche bien temprano
ibas á «pegar» la hebra» con tu novio.

—En cambio, cuando yo te encontré á M
hace días, ya la tenías pegada.

Cosas de la guerra

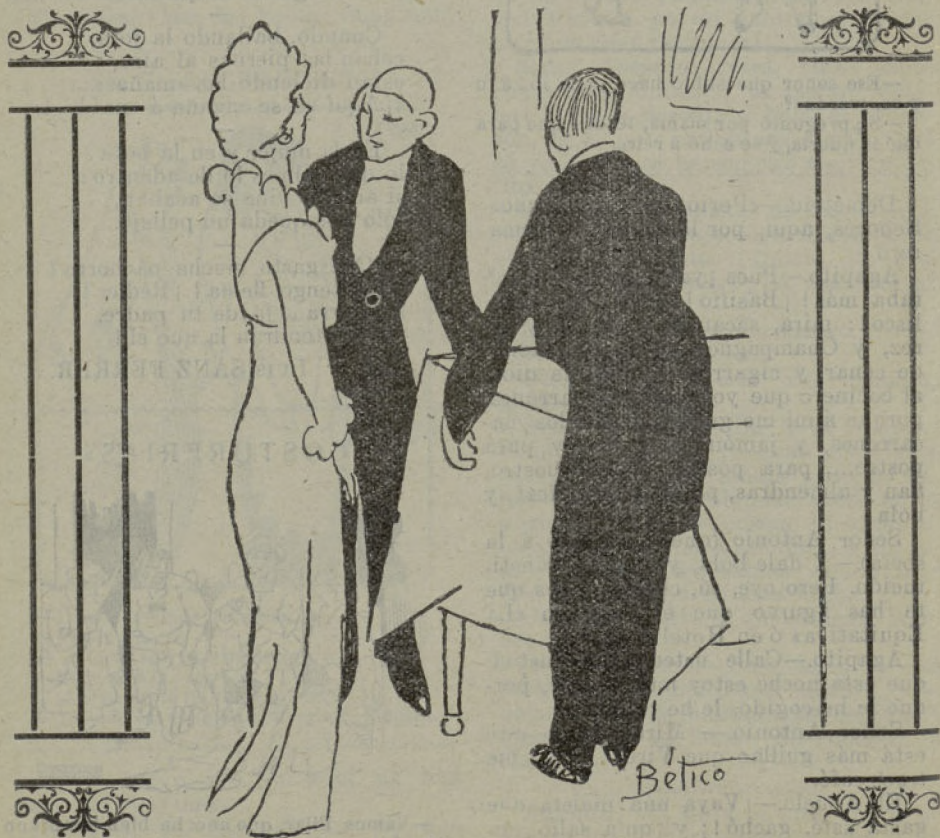
Rodríguez tuvo siempre aficiones militares, y desde que empezó la guerra europea, no pudo sentarse un día á la mesa sin antes haber leído á guisa de «vermouth» cinco ó seis periódicos, con lo cual consiguió colocarse en estrategia poco menos que á la altura del generalísimo Joffre.

Estos conocimientos los aplicaba á las empresas amorosas, y siempre le daban resultados positivos, porque antes de entrar en acción trazaba un plan en donde todo estaba previsto,

desde el tiempo que había de invertir para conseguir la victoria hasta la retirada forzosa, en el caso de que la plaza bloqueada no se rindiera.

Codiciaba á Paquita, hija del maestro aparejador, que vivía en su barrio, una morenaza con veintidós Navidades, una de esas plazas invencibles, un Amberes, que se había preparado para la guerra desde que tenía trece años, y estaba defendida por dos fuertes circulares de extraordinarias dimensiones, cuya cúpula parecía de roca en su parte anterior, y otros dos más fuertes de parecida forma y enorme base en la posterior, protegidos por

DE LA BUENA SOCIEDAD



—Por Dios, Pablo, me aburres con tus celos. Mi marido es menos ridículo que tú... ¡Siquiera él tiene confianza en mí!

fosos, setos, muros y parapetos, á más de las defensas «naturales» que en forma de padres y una hermanita menor tenía, los cuales, colocados siempre en los puntos avanzados, hacían imposible el acceso á la plaza.

Habíale fracasado á Rodríguez las negociaciones diplomáticas encaminadas á la conquista pacífica de aquella joya por medio de una estratagema, y no le quedaba otro recurso que ponerla sitio.

Una vez bien meditado el plan, burló la primera línea de defensa, iniciando el ataque con aeroplanos, que evolucionaban sobre las alturas, hasta apoderarse de ellas, practicando minuciosos reconocimientos, mientras que la artillería gruesa cañoneaba el resto de la plaza, causando en ella verdaderos destrozos, tanto, que á los pocos minutos, extenuadas sus fuerzas y habiendo entrado la confusión, sin poder resistir ataque tan violento, se rendía á discreción.

Repuesta en breve plazo de los estragos de la guerra, quedó la plaza abierta al comercio internacional, y, en la actualidad, es de las más concurridas y donde mayor número de transacciones se hacen.

GABRIEL DIANA.

GENTE CONOCIDA

Ayer compraban cereales
Felipe y Blas á un amigo;
mercó Blas mucha cebada,
y compró Felipe, Trigo.

No deben tener orgullo
Vicente y Andrés Castor,
porque fué Castor, trapero,
y era Vicente, Pastor.

Son dos grandes hacendistas
Fidel y José Cuadrado,
porque tiene José, Viñas,
y posee Fidel, Prado.

Sánchez y su amigo López,
cuando van de reunión,
mientras Sánchez, Toca el arpa,
López, Silva con furor.

NOVELERÍAS



«La señora condesa, murmuró el modisto, necesita tres cuartas por todas partes...» ¡Qué casualidad! ¡Lo mismo que yo!

A las huertas de Valencia
fué Isidoro con Dolores;
Dolores trajo naranjas,
é Isidoro Martín, Flores.

José y Antón regañaban
ayer, á eso de las tres,
porque Antón era Alemán,
y dicho José, Francés.

Manolo y Javier regresan
del pueblo toscos y burdos;
Manolo viene de Cuenca,
y vuelve Javier, de Burgos.

Son dos buenos carpinteros
Martínez y Antonio Guerra,
pues prepara Antonio tablas
y, mientras, Martínez, Sierra.

Tienen Agustín y Ana
dos gatos como en España
es fácil que no los haya.
El gato de Ana araña,
y el de Agustín García, Malla.

Nuestra gran Plaza de Toros
(leo en LA HOJA DE PARRA)
estará sucia hasta el día
que vaya Castor I—barra (1).

MANUEL DOMINGUEZ.

(1) «Cocherito de Bilbao».

LA GENTILÍSIMA

I

RUBIA ella, con los ojos azul cielo, que proclamaban espirituales amores, llenaba el hueco triste de aquella reunión difusa y desconocida de los poetas «sin nombre», que solazaban sus ratos de ocio en el apartado rinconcillo del céntrico café.

Ella, alma de poeta, soñadora y tal vez un tanto romántica, distraía on

cumentada en las lides periodísticas, suspicaz y mal intencionada, refería y comentaba chismecillos de personas conocidas en el mundo del dinero y de la «sangre azul». Ella lo sabía todo, todo...

Aquel viejo multimillonario, enamorado como un «mastoóntex» de las gracias «venusiras» y sinuosidades de «La Sirenita», bella y pizpireta bailarina que actuaba y amontonaba éxitos en el Imperial Variétés...

Esta otra, picara marquesa, un tanto frívola y coquetuela, que jugaba con el honor de su marido, haciendo partícipe de la gloria de su carne al apuesto y juvenil baroncito de Rembay.

¡Oh! Esto otro era escandaloso, inaudito y desmoralizador en extremo. La riquísima, la jovencita vizcondesa de Prunoy, entretenía sus «horas largas» de fastidio con un lacayo de su padre... ¡Un lacayo! ¡El colmo!

Y la bella cronista seguía, seguía contando á sus compañeros de péñola más y más «chismorreos», oídos, «pescados al vuelo», en saloncillos y reuniones.

La virtud, ¡oh, la virtud!, ¡bonita palabra!, andaba errante, suelta: la habían dejado sola, y nadie quería recogerla. ¿Quién creía en la virtud? Solamente ella era virtuosa...; un poquito sólo; pero, al fin, un poco.

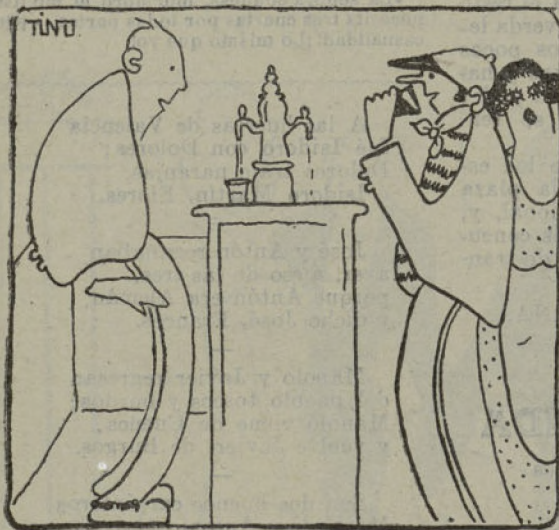
II

Pasaban días. La escritora bohemia, la gentilísima, como llamábala aquel nú-

cleo de compañeros de tertulia y aventuras, no había parecido por el café hacía una semana, lo menos.

Seres errantes que conócense y cuyas almas se unen en el acaso, viviendo hermanados por la Poesía, haciéndose partícipes de triunfos y desventuras, jamás llegan á preguntarse el domicilio ante el doloroso temor de hallar uno, uno de ellos, que no sepa responder.

MEDICINÁNDOSE



—Cuidado, que esa le ha echado unos polvos en el vaso, sin que usted la viera.

—Ya lo sé. ¡Ues si no fuera por las precauciones de ésta, ya había yo muerto de sed!

las argentinas risas de sus horas alegres de la nostalgia embargadora de la tertulia, siempre grave. alejándola lejos, muy lejos, donde el mal hado del «spleen» desaparecía por algunos momentos.

Otras veces, arrogante, altiva, ceñuda, con las albas cuartillas en la mano, acechando la aparición de algún «suceso» trascendental para hacerlo crónica. Mujer instruída y do-

Por esta razón, aquella reducida «peña» se conocían y leían sus producciones unos á otros, haciendo comentarios sobre las mismas; mas no habia osado ninguno averiguar dónde moraban los demás.

Habian ido al periódico donde colaboraba la «eximia» literata; nas allí no supieron, ó no quisieron, dárles razón de dónde se hallaba.

La tristeza inundaba con sus negros presentimientos y «jettaturas» el corazón de aquellos artistas, que tien-

pos antes hacían cábalas y forjábanse ilusiones, soñando romper la espesa nebulosa que les envolvía y presentarse en el ancho y esplendoroso campo de la popularidad. Faltábales aquel espíritu que les alentaba en la cruenta lucha contra la adversidad.

Un día, ¡por fin!, penetró en el establecimiento Augusto Pradel, poeta como ellos, que con más fortuna había logrado destacarse del conjunto de escritores inéditos que campaban en aquellos dominios, hasta hacer va-

IMPERTINENCIAS



- Si no viene él, aquí estoy yo, señorita. Consuélese conmigo.
—Gracias. Sé hacerlo yo sola.

ler su trabajo é imponerse en el mundo literario.

Llamáronle.

—¡Hola, Augusto! ¡Chico, como has logrado que tu nombre se imponga en los diarios, no te acuerdas de nosotros!

—¡Ca, no lo creáis! Me acuerdo muchísimo de vosotros, de los ratos pasados en vuestra compañía; pero las ocupaciones y el mucho trabajo que sobre mí pesa impiden que verga á

LAS IRACUNDAS



—Oye, Rigoberta: ahí viene el «otro».

—Ese charrán ya no se acerca desde que le puse las peras á cuarto...

veros con la frecuencia que yo desearía...

—¡Buen tuno estás hecho! Llegaste á la Gloria y olvidaste á los amigos que dejaste en el Infierno. Por

cierto que desde que tú no vienes de parte con nosotros en la reunión ana escritora, poeta, un tanto soñadora.

—¡Una mujer!

—Sí, hombre, sí. Angeles Bradesol, colaboradora de «El Correo de la Noche». Debes conocerla.

—¡Ya lo creo! Por cierto que hará bastante tiempo que no la veis.

—Verdad ¡Pero cómo sabes tú...!

—Está enferma desde unos quince días.

—¡Enferma! ¡Y qué tiene!

—Pues... mirad: es una enfermedad..., una enfermedad...; no sé, no sé cómo decíroslo...; me cuesta trabajo decirlo claro. ¡Una mujer!... ¡Ah, sí: de amores!... Sí; eso es de amores.

—¡Oh, oh! ¡Tú te chanceas!...

—No, no me chanceo; y para que veáis que lo que digo es verdad, está en el sanatorio del abate Froudon. Podéis ir á verla.

Desde este momento, y seguros de la veracidad de las afirmaciones de Pradel, comenzaron las burlas sangrientas sobre la «enfermedad» de la cronista. Fué recriminada. ¡Buero estaba! Ella, ella que creía ser la única mujer «un poco virtuosa», había caído...; pero, ¡cómo había caído!... ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Tenía gracia, mucha gracia, aquel «incidente»! Loca, más que loca, que había malparado el átomo de virtud que quedaba en la tierra. ¡Ja, ja, ja, ja!...

Y seguían, seguían sin consuelo, sin conciencia, arrancando á tiras el pellejo y el horror de la «gentilísima»..., ¡la gentilísima!, reconviendo agriamente su caída. ¡Cuando la vieran... podía prepararse!

Pradel llamóles la atención.

Verdad, mucha verdad. Merecía más bien compasión que reproche.

Y, entonces, sobrepúsose de nuevo al cuerpo de hombre el alma de poeta, y aquellos pobres errantes, desengañados, naufragos de la vida, perdidos en el anchuroso mar de la literatura, levantáronse y corrieron á consolar y dar alientos á «la otra», la gentilísima, que quizás en un momento de locura y romanticismo se entregase, queriendo marchar en vertiginosa carrera, en pos del ideal y de la felicidad.

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.

DEL MADRID CASTIZO

LA HORA DE LA SIESTA

(SAINETE RELÁMPAGO)

La acción, en una casa de vecindad de los barrios bajos. Son las dos de la tarde de un caluroso día de Agosto. Un sol pleno cae de lo alto, bañando en luz el patio. En un rincón de él y resguardada por el hueco que forma una de las escaleras la señá Leonor, portera de la finca, lava ropa que va extrayendo de un enorme barreño. Por el cuadrado abierto de una ventana del principal sale la voz fresca y no mal timbrada de Marina, que canta á toda voz el «couplet» de moda:

—A ser soldado
mi novio se ha marchado...

UNA VOZ. (En el corredor.)—¡Oye, escandalosa: á ver si va á poder ser que nos dejes en paz con la cancioncita. Si s'ha marchao tu novio á ser soldao ya lo licenciarán... ¡Pues, señor, vaya una murga á la hora de la siesta!

MARINA. —¡Se pué saber quién es esa c'ha rebuznao tan estrepitosamente, pa ponerla un bozal?

UNA VOZ. —¡A quién? ¡A mí? ¡Como no me pongas el c'usa tu padre pa andar por casa!

MARINA. —O el c'usa su marido pa tirar d'un carro de mudanzas.

SEÑÁ LEONOR.—¡A ver si va á haber silencio, qu'es hora de siesta.

SEÑÁ JUANA. (Asomándose.)— Eso digo yo también. Paece esto la casa de Tócame-Roque.

UNA VOZ. —¡Mía tu quién se queja! A ver si se cree usted que por tres cochinos duros que paga, cuando los paga, tié derecho á pedir un Monasterio del Escorial para casa.

SEÑÁ JUANA. —Oiga usted, tía cotilla, ¿es que la llamo yo á usted cuando sube el case-ro á cobrar? ¡Nos ha jorobao el esperpento! Ya podía estar usted fregán.

DE LA VIDA



M—S
—¡Hay que ver cómo tiene usted la cabeza y hace dos horas que la peinó! ¿Qué hace usted con el pelo?

—Con el pelo, nada...

dole el pescuezo á su nifio, que buena falta l'hace, en lugar de pasarse too el día en ca las vecinas cortando trajes al vecindario.

MANUELA. —¡Quéjese usted, cuando si no fuese por esos trajes iba yo á ir con la región glútea al descubierta. ¡Soo desagradecía!

SEÑÁ LEONOR. (Poniéndose en jarras en mitad del patio.)— ¡Pero, leñe, á ver si les va á salir á ustedes del esófago callarse!

SR. JOAQUÍN. (En el corredor.)—¡Diga usted que sí, portera, que parece esto una sesión del Ayuntamiento!

SEÑA LEONOR.—Lo que parece esto es una leonera, y como yo me remangue se va á bajar el precio del crepé una barbaridad.

OTRA VOZ.—No se remangue, que no queremos ver visiones.

SEÑA LEONOR.—Oye, tú mal cabestro: eso te lo demuestro arran-

cándote, no el crepé, sino otra cosa.

PEPE.—¡La tos!

SEÑA LEONOR.—¡Los... pantalones!... ¡Soo borracho!...

SEÑA PEPA. (Desde una ventana del piso cuarto.)—Pero, ¿qué moño va á ser esto? ¿Se pué dormir la siesta en esta repajolera casa, ó no se pué?

PEPE.—Según la cantidad de mosto que se haiga usted hoy al coeto.

¡ESQUINAZOS!



—Este idiota de Pepe sin venir. ¡Y yo que me he mudado hasta de ropa interior.

SEÑÁ PEPA. —¡Quién ha sío el inclusero c'ha lanzao la indirezta!

PEPE. —Su hermano d'ustez c'ha regresao d'Ocaña de cumplir condena.

UNO DEL 3.º —¡A ver si sus cayáis, cotillas, que paece c'habéis comido lengua!

SR. JOAQUÍN. —Portera, que les sirvan el amoniaco á los interfectos, que están que se tiran á las paredes.

MANUELA. —Usted se caya y se mete usted á fregar los platos, no sia cosa que salga su señora y le pegue.

RUFINA. —Hagan ustés el favor de meterse la lengua en el lao posterior y irse á dormir, que con tanto ladrar m'han despertao á los críos.

ENGRACIA. —Echélos usted á la Inelusa

RUFINA. —Como á usted le va bien con el procedimiento se lo recomienda á too el mundo.

TOMÁS. —Diga usted que sí, que va haber que aumentar el edificio pa recoger too lo que ella tira.

ENGRACIA. —Que se caye ese y no le dejen asomarse al corredor, que le pesan mucho los cuernos y se va á caer al patio.

TOMÁS. —Es porque m'he puesto los de tu marido. ¡Soo pendón!

MARINA. (Cantando).
—Si seré chula, señores,
que cuando voy de verbena...

SEÑÁ JUANA. —¡Que se caye ese rábano con moño!

RUFINA. —¡Que la den Emulsión Escote!

TOMÁS. —¡Fuera!

SR. JOAQUÍN. —¡Portera! ¡Orden!

PEPE. —¡Pase, señores, pasen!
¡Pasen á ver la comida de las ficras!

UNA VOZ. —¡Escandalosas!

OTRA. —¡Pericos!

El escándalo es inenarrable. Por todas las ventanas del patio se asoman caras iracundas y puños crispados; las palabras malsonantes aumentan en

calor é intensidad. La portera, puesta en jarras en mitad del patio, con una escoba en la mano, parece la sota de bastos; interviene una pareja del Orden, que es recibida con tomates y otras hortalizas, mientras la voz de Marina domina el tumulto, cantando á voz en grito:

—A ser soldado
mi novio se ha marchado...

Por la copia,

FIDEL PRADO.

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. B. Leonard, sucesor.

Rua Barao Sao Cosme,
OPORTO (PORTUGAL)

(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos bienorrágicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Las grandes orgias del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados.)—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, diríjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid